Thiago da silva

João-Clóvis Bruselas

Capítulo 1

Son las cuatro de la tarde de un día común y corriente, el clima es bastante agradable, más aún para una ciudad tan calurosa como lo es ésta en enero, no tendría nada de extraño si no fuera porque estoy en una playa de Niteroi, con la mejor vista de Río de Janeiro, apuntándole a la cabeza al que hasta ayer fue mi jefe por un lapso no muy prolongado de tiempo, el gran detective español. Creo que el arma que sostengo torpemente con mi mano derecha es una 9 mm, las armas nunca fueron mi debilidad, en realidad nada de lo que tenga que ver con un mundo de violencia tenía, hasta ayer, algo que ver conmigo. Pero aquí estoy, ante la vista del Cristo, tan presente que parece que estuvo allí desde que surgió el mismo cerro Corcovado, y es tan fuerte su imagen allí que parece que nunca lo va a abandonar. No es que esté esperando que afloje los brazos y baje caminando de allí pero a veces olvidamos que es una construcción humana y sentimos que ni un temblor de la tierra podría aflojarle las piernas. ¿Habrá alguien que recuerde cuando no estaba ese monumento allá arriba? ¿en algún momento asistiremos a su caída, de verdad ningún grupo terrorista planea destruirlo? Es un ícono mundial y no sería descabellado que esté en la mira de alguna célula ¿alguna vez subieron hasta allí? No hay forma de que se pueda prevenir nada, la seguridad allí es pésima, cómo todo en Brasil.

Sin embargo mientras el Cristo está allí vigilándonos, y esperando su hora, yo estoy aquí, apuntándole a la cabeza al tipo que me dijo que me iba a pagar veinte mil euros si lo ayudaba a atrapar con vida a no se que otro tipo, nunca le pregunté el nombre, pero es un carioca que viene escapándosele de Europa y que volvió hace poco a la ciudad. No soy un tipo violento pero eso no significa que no me falten escrúpulos, sobre todo cuando el carioca me ha ofrecido el doble de dinero para librarme de éste gringo español. No es muy difícil imaginar como sucedieron las cosas, para empezar basta con saber que siempre hay un precio para nuestros actos, y, si eso significa traicionar a alguien, pues bueno, he hecho eso mismo y han adivinado rápidamente cual es mi precio. Para saber omo es que terminamos con ésta arma apuntándole a la cabeza hay que remontarse a las últimas horas, no tengo apuro así que puedo contarles como es que me convertí de simple empleado de farmacia a golpeador, extorsionador, secuestrador y torturador.

Todo comenzó hace dos días, estaba corriendo por el aterro de Flamengo, un poco para cuidar el poco físico que me estaba quedando y otro poco para recuperarme del cóctel brutal de caipirinhas y cerveza de la noche anterior.

- No me mates Thiago, por favor, te lo suplico.

Ese que escuchan clamar por su vida es el español que me interrumpe para decirme que no lo mate, así que denme un segundo que le grito para que se calle la puta boca, “cala a boca vagabundo”, por cierto, mi nombre es Thiago Da Silva. Por alguna razón mi familia tiene el apellido mas popular de todo Brasil, si se fijan van a ver que hay incontables jugadores de fútbol que tienen ese nombre, que digo, no sólo jugadores de fútbol, desde el que vive en la rúa, hasta el que barre las calles, el conductor de onibus, el que tiene su loja o el que vende mate com biscoitos en la playa pasando por el oficinista medio pelo o el más poderoso de Sao Paulo, hasta el ex presidente Lula tiene ese apellido, háganse a la idea de que es el equivalente a un Gonzalez o a un Smith. No se la razón de porque es el más usado, no la se como tampoco se porque me pusieron el nombre más popular de Brasil, debe haber millones de Thiago Da Silva caminando por las calles de cada ciudad de este enorme país. Soy tan igual a cualquiera de ellos, me da tanta rabia que tenga miedo de apretar el gatillo y convertirme en asesino por primera vez en mi vida.

Pero no, no tengo el coraje de hacerlo, yo que no como carne de ningún tipo de animal desde los 16 años no sería capaz. Sin embargo hasta anoche tampoco había golpeado a nadie, así que no se que tanto pueda confiar en mi mismo. No, no puedo, no puedo apretar el gatillo. Tengo que relajarme, dejar que pase el tiempo, con solo demorar a mi jefe unas horas será suficiente. Me da pena, el español está muerto de miedo, si hasta anoche recía el ser mas tranquilo, de sangre fría, un asesino que no se inmuta al quitarle la vida a cualquier ser vivo que habite la Tierra.

- Por favor Thiago, tengo familia.

No sabe que no voy matarlo, realmente cree que si, que voy a apretar el gatillo, que puede saber un pobre tipo europeo de lo que somos capaces acá en Sudamérica, más precisamente en Rio de Janeiro, dónde las únicas noticias que les llegan son de los muertos en la favelas cuando se disparan los carteles contra la policía cada vez que suben a pacificar. Seguramente piensan que andamos todos armados, que nos matamos entre nosotros en el mêtro o que nos robamos entre todos. Pero no, el único peligro en la ciudad es la propia policía, gracias a su accionar son casi tan peligrosos como los carteles de droga que habitan en las favelas, generalmente son los niños los que son alcanzados por ignorantes uniformados que disparan para cualquier lugar. Si usted cree que es divertido hacer turismo en una favela, entonces no sea cobarde, suba a ver las casitas de colores de los pobres cuando hay tiroteo, no sea cobarde, anímese, siéntase parte del tour, acaricie a los niños pobres como acaricia a esos elefantes de Tailandia o esos delfines del Caribe.

Son las mismas cosas para un turista, una foto en alguna red social y listo, como si no tuviera consecuencias, como si el favelado no fuera

reprimido igual que ese elefante o ese delfín esclavizado.

- Por dios hombre, deja de tocarme los cojones, déjame ir por favor, si me perdonas te prometo que me voy directo al aeropuerto, ni siquiera voy a recoger mis pertenencias, me voy con lo puesto a Madrid. Por favor, déjame ir.

Hay algo en todo eso y en sus palabras, en su voz cuando suplica, como si nadie aquí apreciara la vida, que me dan ganas de pegarle un culatazo en la cabeza, siento unas ganas irrefrenables de hacerlo sufrir, pero me voy a contener, no quiero darle la razón ni esta sea una historia violenta, aunque lo es, para que disimular y mentirles. En ésta historia hay golpes hermosos, piñas, patadas, tortura, asesinato, matafuegos usados como arma contundente y a traición, disparos y, si todo sale bien, un poco de dinero mal habido.

- Thiago por favor, por mis hijos, no me mates.

Mientras más habla más quiero golpearlo. Pero si sabe que no soy un asesino, sabe que sólo quiero retenerlo un tiempo para dejar que se haga humo el carioca. Ahora solloza y gime mientras produce unos sonidos ininteligibles. Porra cara ¿acaso en Europa no hay gente que delinca, acaso no roban en España, o Madrid está llena de solo buenas personas? puta que pariu, que piensas que voy a matarte sólo porque soy un brasileño más, un carioca violento ¿te piensas que todo es como Cidade de Deus? Gringo filho da puta.

- Thiago maldito traidor embustero hijo de putas, déjame ir.

En ese insulto está la gota que rebalsa el vaso, sólo faltaba insultar a mi pobre madre. Le doy un golpe en la cabeza con la culata de la pistola y siento que ya no puedo parar, algo me sube y no lo puedo contener, quiero seguir lastimándolo, le aplico una patada en el mentón mientras está cayéndose, después pateo su estómago y mientras lo veo doblarse en dos le vuelvo a pegar en la cabeza con el arma y entonces si, cae seco.

Tengo ganas de no parar nunca más y patearlo hasta el cansancio ahí en el piso pero de alguna forma me contengo, no quiero ser un asesino. Ahora que por fin cerró su boca puedo seguir contando la historia. O no. Un policía me ha visto golpear a este blanco de mierda y viene hacia acá, me está apuntando y ya todos sabemos que la policía aquí dispara primero y pregunta después, no voy a quedarme parado esperando que me interroguen mientras tengo una bala en el cerebro. Así que huyo mientras el maldito uniformado piensa que un delincuente muerto es un delincuente que nunca más vuelve a delinquir, uno menos. Yo no soy delincuente, o al menos no lo era hasta ayer, pero en este momento no siento vontade de quedarme a explicarle nada porque ya comienza a

sparar sobre mi. Me escabullo por el medio de una de las calles y me pierdo en otra que es mucho mas angosta, como un pasillo, corro unas cuadras mas y me subo a un bus que pasa, me bajo a las pocas cuadras y pido un Uber que llegará en pocos minutos. Creo que el policía sólo atinará a ayudar al español y se olvidará de mi. El Uber ya llegó, un Chevrolet que, ¡oh sorpresa!, lo dirige otro Thiago Da Silva.

Me subo al auto y nos vamos para Santa Teresa, tengo unos cuarenta minutos para contarles como empezó todo, así que retomemos. Estaba corriendo por el Aterro de Flamengo para cuidar mi figura y para bajar lo que había vivido la noche anterior, no me juzguen, soy un tipo coqueto y vanidoso, ¿o ustedes ya se abandonaron y leen esto desde su Kindle que está apoyado sobre su panza grasosa? Lo suponía. En fin, mientras iba corriendo por la playa de Flamengo observé que había dos tipos rodando por la arena, se daban todo tipo de golpes, desde puñetazos hasta rodillazos y patadas, pude ver también algún que otro mordisco. En definitiva era una lucha que no era digna de verse, entonces me acerqué e intenté separarlos pero uno de ellos, el español, logró sacar un arma y apuntó al otro, que, razonablemente, desistió rápidamente de seguir peleando y comenzó a correr para el lado de Glória. Me preparé para ver un festín de balas sobre la espalda del tipo que corría, eso hubiera sido lo lógico entre dos personas que se pelean y uno saca un arma en estado violento, me quedé con el gesto que hacemos cuando vemos que van a comenzar los disparos de un momento a otro, cubriéndome la cabeza y torciendo la boca como esperando el ruido ensordecedor. Pero no, no hubo disparos y el tipo corrió velozmente hasta que se perdió entre los árboles. Sin bajar las manos le pregunté al hombre si se encontraba bien. Me respondió en un portuñol muy horrible que si, pude entender que el hombre con el que luchaba era un testigo de algo y que le iba a pasar una información sobre algún asunto, entonces lo llevó hasta allí pero no para informarlo sino para robarle.

Si bien me molesta que se hable de Río de Janeiro como si aquí todos fuésemos lincuentes, también me da un poco de rabia que los gringos vengan a regalarse y queden expuestos de esa forma para ser robados y/o asesinados, dos dedos de frente hermanito, no podes ir con un desconocido a un lugar que no conoces, más aún si sabes de la fama que tiene la ciudad. Aquí hasta los gringos armados son apetecibles para los malandros locales. Me acerqué e intenté ayudarlo, el gringo estaba agitado pero aún así me empujó con su brazo para que me aleje, de golpe se volvió un tipo desconfiado, ya iba aprendiendo. Le hablé y debo haber hablado muy rápido porque puso cara de que no entendía, así que saqué a relucir el castellano que nunca hablé, luego él me respondió y, en ese daño que le hacemos a las dos lenguas, extrañamente, comenzamos a entendernos.

Me dijo que venía siguiendo el rastro de un hombre, un carioca, inicien las apuestas para saber si su nombre es Thiago o si se apellida Da Silva, lo

perseguía desde España, de dónde era él, pasando por Alemania, Malasia y Australia, lugares en los que no pudo encontrarlo. Aburrido de jugar al Carmen San Diego ya casi estuvo por dejar de intentar dar con él hasta que la última pista lo trajo hasta aquí. La madre del carioca se estaba muriendo e indefectiblemente el prófugo debería volver a despedirse de ella. Pudo investigar un poco y contactó a una especie de soplón que un amigo le había recomendado, ese amigo va a tener que dar explicaciones cuando le cuente que lo trajo hasta aquí para robarlo y matarlo. Bueno, datos más, datos menos, así fue como conocí a este español al que acabo de darle una buena zurra hace unos pocos minutos.

Llegamos con el Uber hasta mi casa, subo las escaleras y abro la puerta de mi cuarto, entro me preparo una ducha mientras enciendo el televisor, la noticia que sale de allí me hiela la sangre, hallan muerto a un español en una playa de Niteroi, búsqueda intensa del sospechoso que se dio a la fuga. Aterrado pienso en que se me fue la mano, el segundo culatazo se ve que estuvo de más. Estoy en problemas graves. La única buena noticia es que tengo unas cuantas decenas de miles de euros para escapar, ¿pero hacia ir? todos los aeropuertos deben estar muy bien vigilados y la frontera mas cerca está a una docena y media de horas de distancia en carro. Además el carioca me debe otros veinte mil euros por ayudarlo a sacarle de encima al español, y el universo y las noticias saben que ya lo hice. Así que el plan es encontrar al carioca y escapar por tierra hacia alguna de las fronteras, Uruguay, Argentina, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia o Venezuela. No cuento las guyanas porque es como caer en un agujero negro ¿por qué nadie habla de ellas, por qué dejamos que los franceses y los holandeses tengan esas colonias, por qué no hacemos nada? ¿Por qué dejamos que haya un pedazo de Europa en América del Sur en pleno siglo veintiuno? Averigüen ustedes que tienen tiempo, para mi éste no es momento de andar haciendo política internacional, sino que es momento de alquilar un carro y huir.

Ahí, en el aterro de Flamengo, el español me agradeció haberlo ayudado y, sin esperar mas tiempo entre el agradecimiento y el silencio incomodo que antecede a las despedidas, me pidió que sea su socio, si a ustedes esto les parece extraño les cuento que también lo fue para mi ya que no lo conocía, ni él a mi. Lo primero que me salió decirle es que me gustaban las mujeres y que tenía novia, no sería la primera vez que un tipo se quiere asociar conmigo sólo porque quiere una pegadinha conmigo. Me miró estupefacto, me dijo que le importaba un coño que tuviera novia y me volvió a repetir que quería que seamos socios, me negué rotundamente hasta que me ofreció pagarme veinte mil euros, diez mil para empezar y otros diez mil al terminar. Sin dudarlo le pregunté que tenía que hacer, me dijo que no mucho, sólo debía ayudarlo a encontrar a esa persona que viene persiguiendo desde Europa, el bendito carioca del que ya les hablé, y detenerlo para extraditarlo a España. Esa extradición se debía hacer de una forma ilegal ya que Brasil no extradita a sus ciudadanos. Estamos orgullosos de nuestros delincuentes, le dije en

broma pero él nunca se rió de mis brincadeiras. a avenida Brasil es una larga calle de salida de la ciudad que la conecta con gran parte de las ciudades del interior del estado de Río de Janeiro, por allí me dirijo tras una larga fila de carros, que forman un gran engarrafamento, en el auto alquilado, es de noche y aún no se que quiero hacer, sólo se que debo alejarme de la ciudad.

Nos alojamos en su departamento alquilado por Airbn en Ipanema y planificamos la captura. Me contó que la familia del sujeto vive en Botafogo, por lo que el plan es permanecer cerca de donde vive su madre moribunda. Por la tarde merodeamos la zona y vigilamos al mejor estilo de película de Hollywood, nos pasamos el día sentados en una volkswagen, comiendo como cerdos todo lo que el español quiso probar de Brasil, según él la fanta uva lo hacía flipar por el sabor dulce y efervescente. Durante el par de horas que vigilamos vimos a diferentes familiares que entraban y salían de la casa. El español me dijo que teníamos que secuestrar a cualquiera de esos familiares para interrogarlo, si bien habló en plural la tarea era toda para mi y no importó cuanto me negara, el argumento irrefutable del dinero que me iba a pagar le dio la razón. Bajé de la camioneta y me acerqué a uno de ellos que se estaba fumando en la puerta. Era medio grande para mi por lo que retrocedí e intenté esperar que llegue algún familiar de contextura menor. Cuando estaba volviendo el español me hizo señas desesperadas para que acabe con ese sujeto, intenté explicarle que no iba a poder con él, que era muy grande, el español me hizo gestos con las manos en señal de que lo noqueé por detrás con algún objeto contundente. Seguí sus instrucciones y me acerqué como si fuera un personaje de ficción de alguna película de acción, aparecí por detrás y le apliqué un golpe en la cabeza con una tabla de madera que oportunamente encontré en la vereda, no se desmayó porque la vida, cuando la quiero imitar, no es siempre igual al cine. Cuando se dio vuelta para ver que pasaba le apliqué otro golpe en la pera que lo hizo trastabillar, ¡que tipo mas duro! por menos de eso yo ya me hubiera desmayado o, al menos, simulando un desmayo para que se acaben los golpes. rremetí contra él dandole una patada en el estomago y finalmente se dobló por la mitad, pero no para caer, puta vida, sino que se dobló para tomar impulso con sus piernas y darme una tremenda piña que me mandó contra una pared. Se abalanzó contra mi y comenzó a darme una seguidilla de golpes que me tumbaron en cinco segundos. Intenté hacerle frente nuevamente pero hizo unos movimientos de capoeira que hizo que consciencia se fundiera a negro, no conseguí entender el golpe mientras estaba suspendido en el aire ni cuando caía contra el duro piso, era como si me pegara con magia vudú.

Cuando me preparé para morir, a manos de esa maquina de golpear, sentí que el tipo caía al lado mío. Por entre la sangre que había en mi ojo derecho, la que brotaba de mi ceja o alguna otra parte de mi cabeza, vi al español sosteniendo una barra de hierro. Me dijo que hay que darle con mucha fuerza para desmayar a un urso tan grande. Le agradecí que

tuviera ese tinte educativo en ese momento especial de mi vida, en el que estaba intentando recordar el padre nuestro, y me levanté como pude. Fui a ver el cuerpo del hombre que estaba caído, parecía muerto, tenía una cara tan angelical que no se parecía en nada a ese fanático de la capoeira de hacía sólo diez segundos atrás. El español me dijo que estaba vivo, que sólo estaba noqueado. Lo cargamos y lo subimos a nuestra camioneta volkswagen, el español puso en marcha el vehículo y yo me desmayé en el asiento de acompañante. Cuando reaccioné vi que nos estábamos alejando de Botafogo y que llegábamos a un lugar alejado y menos concurrido, lugar que no supe reconocer. Después de dos horas el hombre despertó, lo habíamos atado con unos precintos, cuando se dio cuenta de que estaba siendo secuestrado se puso furioso y comenzó a moverse con una fuerza brutal, parecía que iba a romper el precinto y que iba a hacer estallar la camioneta entera, mi compañero sacó su arma de la cintura y se la mostró, con esto bastó para que se tranquilizara. Me dijo que era mi turno de hacer de interprete y que le preguntara donde estaba su hermano, le pregunté, mientras me colocaba un trozo de tela en mi cabeza, y el ipo respondió que no sabía, el español mostró su arma otra vez, el hermano del carioca se encogió de hombros como sobrando la situación, el europeo, que por lo visto tenía pocas pulgas, le disparó en una rodilla, el tipo gritó mientras a mi me daba vontade de vomitar, nunca había visto a alguien gritar de tanto dolor y ademas el estruendo dentro de la camioneta hizo un eco que me perturbó. El español tomó de los pelos al hermano del carioca y lo amenazó nuevamente con su arma, el tipo no hacía nada, lo miraba inquebrantable. El detective no se andaba con chiquitas y le metió otro disparo en la otra pierna. De nuevo todo era griterío e insultos, abrí la puerta lateral y ahora si, vomité sobre el pasto. El español me miró y se rió mientras en su cara dejaba ver un poco de vergüenza ajena hacia mi. El tipo dijo que no sabía nada y el europeo arremetió con otro disparo sobre el hombro derecho del tipo, y de vuelta lo mismo, gritos de un lado y del otro, amenazas, negación y violencia. Me acerqué al tipo y le pregunté si quería morir, porque si no nos decía donde estaba su hermano él iba a morir y después de matarlo a él iríamos por sus otros hermanos, sus hijos, sus sobrinos y todo aquel familiar por el que sienta un poco de amor. El tipo comprendió que aunque negara todo hasta la muerte no descansaríamos e iríamos por toda su familia, así que nos dijo que su hermano estaba esperando noticias de la salud de su madre y que cuando ocurriera lo peor se iría para esconderse en alguna isla perdida de Malasia. Nos dijo que estaba en un hotel cerca de la casa de su madre. Ya estaba todo resuelto, teníamos la dirección, le pregunté al gringo que haríamos con él y éste le perforó el pecho de un disparo. Quise abalanzarme sobre él, darle golpes, gritarle y pedirle explicaciones, él sólo se justificó diciendo que era inviable mantenerlo con vida y que nadie iba a buscarlo o buscar justicia por un pobre tipo como ese. Me enojó y perturbó, pero por más desquiciada que pareciera, esa afirmación tenía sentido. Más allá de que vivo nos perjudicaría muerto no nos generaría mayor preocupación mas allá de encontrar dónde deshacernos del cuerpo, nadie reclamaría masiado por ese hombre. Así es en Brasil,

aquí la vida vale poco, sobre todo si es la de alguien que vive en la calle, en la favela o en cualquier lado que no pertenezca a la elite blanca y poderosa seguidora de los bolsonaros. Nadie iba a encontrarnos siguiendo el hilo de su muerte porque a nadie le iba a importar la vida de un negro pobre.

En ese mismo momento el detective me dijo de ir a buscar al carioca, primero asentí, porque quería que se acabara todo rápido esa misma noche, pero luego recordé que había marcado un encuentro con Thayná, ella y yo veníamos de una relación un poco conflictiva y esa noche era el momento ideal para reconciliarnos e intentar avanzar juntos nuevamente. Los hombres sabemos que cuando una mujer dice que no, es no, y nunca cambiará de parecer, sin embargo, dentro de la decisión de Thayná parecía haber una duda que me habilitaba a una nueva chance de estar con ella. Ella y yo sabíamos, y sabemos, que a veces soy un poco errático e indeciso, pero no puedo hacer nada para cambiar esa forma de ser, es algo inherente en mi, es un mecanismo, un chip, algo con lo que ya vine programado, es una forma de ser que trato de pensar y evitar pero, al también ser impulsivo, no logro cambiar completamente. Cuando no estoy con ella quiero estarlo, la extraño horrores, quisiera ir a buscarla al trabajo, ir a su casa, cocinar algo rico, tomar algún vino chileno mirar una pelicula y hacer el amor todos los días. Pero a la semana de estar con ella ya no soporto la relación y me transformo en un imbécil que no soporta la situación de vernos todo el día todos los días. Así que le hablo poco y trato de no verla tanto, pero ella quiere estar todo el tiempo conmigo, a tal punto que si no le sigo el ritmo siente que yo la rechazo y entonces me abandona por completo, para ella es la nada misma o todo en grandes dosis diarias, no se anda con grises. Sabemos que somos tóxicos el uno para el otro pero no podemos evitarlo, ahí estamos intentando hacer algo con una relación que está muerta hace rato, o al menos agonizando, y le hacemos transfusiones, ransplantes y hasta quimioterapia a la relación, aún sabiendo que es una enfermedad, una relación en estado terminal.

Así y todo quería estar con ella esa noche, explicarle que algo de ultimo momento ha ocurrido es tapar la relación con una sabana y meterla en un freezer, como un cadáver en una morgue, no sobreviviría a ese nuevo desplante. Así que le dije al español que no podía, que esa noche era imposible. El sacó a relucir su carta mas grande, su escalera real, su póker de ases, el dinero que ya me había dado y el que estaba por llegar, me dijo que todo podía terminar esa misma noche y que recibiría la otra mitad de lo acordado tan rápido como se terminara esa situación. No pude negarme, nadie lo hubiera hecho, quizás con un poco de suerte podría hacer que la relación siguiera agonizando al otro día por la mañana y con una montaña de dinero para facilitar las cosas. Llamé a Thayná para darle alguna excusa, me atendió con buen tono de voz, divertida, casi palpitando la noche de sexo que tendríamos, a medida que le iba diciendo que algo había ocurrido, y que no podríamos vernos, su tono empezó cambiar hasta que comenzó a hablar sin parar, a los gritos, palabras tras

palabras salían por el auricular, hasta que luego me cortó llamándome vagabundo filho da puta. No se contentó con eso sino que luego hizo leña del árbol caído y me envió, posteriormente a cortarme la comunicación, decenas de audios con mas insultos. Había puesto el dinero por delante de la relación, quizás fue lo mejor para ambos que acabara así.

Detengo el auto de una manera demencial, las ruedas chirrean en el asfalto y casi me chocan unos carros que venían detrás. Se escuchan bocinazos e insultos mientras pienso en que hay algo que no me deja pensar claramente, algo que esta metido en mis pensamientos y no los puedo destrabar, ¿por qué estoy huyendo? Nadie sabe que he matado al español, no me persigue ningún policía ni nadie, ¿de que estoy huyendo? He actuado tan impulsivamente, como el novato que soy en esta materia, que no me he rcatado que nadie me busca, nadie me ha querido detener. Soy un perseguido sin perseguidor. Las únicas cosas por hacer son seguir las noticias del caso, por si aparece algún video que me muestre en la escena del crimen. Me pregunto ¿cómo he llegado a matarlo? no me lo explico. Lo otro que tengo que hacer es calmarme e ir a buscar al carioca y cobrar el dinero que me debe y después intentar solucionar todo con Thayná, cabe decir que lo más difícil es lo segundo pero no es justo dejarla afuera de las bondades económicas después de haber estado conmigo en la total pobreza en la que hemos vivido.

Se preguntarán ¿que dinero es el que me debe el carioca? ¿No? Bueno, aquellos que se lo preguntan merecen saber el final de la historia, así que paso a contarles a continuación, mientras giro en forma de "U" y pongo en riesgo la vida de todos los automovilistas de la avenida Brasil para ir a su encuentro.

Entramos con el español pateando las puertas del edificio y la del departamento en donde se alojaba el carioca, lo agarramos mientras estaba sentado en su sillón mirando como el Flamengo empataba por la copa Libertadores con River Plate en Buenos Aires.

Mientras el español maniataba al carioca visiblemente sorprendido pero, además, con gestos de que habíamos caído en un mal momento, le interesaba y mucho ese juego. Yo por mi parte tampoco podía dejar de ver aquel partido, debíamos ganarle al equipo de Argentina para asegurarnos el pasaje a segunda ronda, o al menos no perder, y que uno de los otros equipos empaten o pierda, el encuentro estaba empatado en cero ¡y nuestro time no jugaba a nada! El español me espabiló de un grito y nos fuimos, el carioca y yo nos devolvimos gestos de complicidad y encogimos los hombros porque reconocimos el uno en el otro que estábamos desconcertados por la forma de jugar del Flamengo. En el departamento del español intenté hablar con Thayná pero me había bloqueado, así que presté atención a lo que el español y el carioca hablaban. El carioca le pidió al gringo que no lo llevara de nuevo a España, que no podía volver a la cárcel, que se olvidara de todo que

aceptara dinero como soborno por liberarlo, que se quedara a vivir en Rio de Janeiro y que disfrutara de las playas, las mujeres y las caipirinhas. El detective era un hueso duro de roer, por mucho menos yo hubiera aceptado. Extraño fue que pensara eso, porque cinco segundos después el carioca me ofreció a mi una cantidad de dinero que, si bien era mucho menor, me interesó de sobremanera. El detective debe haber visto ese brillo codicioso en mis ojos, por lo que, temiendo que yo aceptase, lo noqueó con un palo de perchero que había al lado de la puerta y así dejara de hablarme. Quise proceder a iniciar una nueva discusión pero me detuve, el español me miró pensando lo mismo, después dejó de prestarme atención, momento en el cual aproveché para noquearlo con el matafuegos que también estaba oportunamente cerca de la puerta. No tiene importancia, y sería aburrido, que les de detalles del departamento, el matafuegos era pequeño pero pesado macizo y no tuvo problema en generar un desmayo en el gringo. Lo até con otro juego de precintos, encendí la televisión y esperé a que los dos maniatados despertaran. Era momento de negociar y creo que los tres sabíamos que toda la ventaja estaba de mi lado, sobre todo porque era el único que no estaba atado de manos y que tenia sus armas de fuego para intimidarlos. Creí fervientemente que esa noche podía ser mi noche de suerte. Cuando despertaron se invirtieron los papeles y, posteriormente a una nueva negociación en la que le pedí el doble de lo que me había ofrecido, cerré trato con el carioca. Tomé como prisionero al español que, entre miles de insultos, despotricó contra mi y me llamó de infiel y traidor. Ese último insulto, aunque era verdad, me dolió mucho, era verdad, me había transformado en un traidor y me avergonzaba. Desaté al carioca y lo dejé en libertad, el me abrazó y me dio la mitad del dinero, me dijo que la otra mitad podía obtenerla cuando solucionara el asunto con el nuevo prisionero. Me llevé al español que comenzó a gritar, intenté hacerlo callar pero no hubo caso, parecía cada vez más enfurecido. El carioca intervino, en una forma de venganza innecesaria, le dio un golpe lo hizo caer en seco. Pobre tipo, la de golpes que había recibido en tan poco tiempo.

Lo llevamos hasta la camioneta, el carioca me volvió a abrazar y me dijo "estamos juntos para siempre" mientras se daba golpecitos en el pecho, del lado del corazón. Yo me subí a la camioneta, observé por el espejo retrovisor al español desmayado, tanteé la cantidad de dinero que tenía para disfrutar y sonreí. Esa noche fue una gran noche, tenía una gran cantidad de dinero en los bolsillos, el Flamengo finalmente empataría en Buenos Aires y con eso le bastó para pasar a la siguiente ronda de la Libertadores, al otro día sucedió lo de Niteroi y la muerte del gringo.

Ahora corría por la avenida, ni en la radio ni en la televisión ni en las redes sociales se hablaba de ningún sospechoso, nadie me nombraba ni me buscaba. Sentí finalmente que nada podía salir mal esa noche, así que probé triunfante hacer una nueva llamada a Thayná pero no tuve éxito, seguía bloqueado. Me dirigí a su casa y cuando llegué la encontré dándose besos de despedida con alguien que parecía ser un nuevo amante, bajé

del auto y los cosí a tiros, después de todo esto es Río de Janeiro y las vidas valen muy poco hoy en día.